

VILLARREAL BRASCA, Amorina (2024). *El duque de Lerma: Política y gestión para América en la Monarquía de Felipe III*. (467 pp.). Albatros. ISBN 978-84-72744-11-0.

Desentrañar el funcionamiento de la Monarquía Hispánica, particularmente en lo que a la administración de los vastos territorios americanos respecta, ha surgido durante las últimas dos décadas como un campo de estudio complejo pero fructífero. La naturaleza misma de dicha Monarquía, que ya a la altura del siglo XVII se asentaba sobre una intrincada red de instituciones y leyes cambiantes de acuerdo al devenir de las condiciones políticas y económicas, constituía una dificultad fundamental para los historiadores interesados en formular conceptos explicativos que superasen las limitaciones propias del estructuralismo y capturasen, además, la agencia de los actores y la existencia de negociaciones a todos los niveles del entramado institucional. Asimismo, el análisis de la administración del territorio indiano —o de América— durante ese mismo siglo, con sus enormes distancias, sus diversas poblaciones y sus vastos recursos, añadía una problemática adicional: la de superar la tendencia, aún decimonónica, de explicar su gestión como culmen de las políticas centralistas y centralizadoras emanadas de la corte de Madrid, y donde las desviaciones de la norma eran vistas más bien como excepciones que como evidencias de su flexibilidad y adaptabilidad inherente. Como afirma Pilar Ponce Leiva en el prólogo del libro aquí reseñado, al

unir ambos campos de estudio, el modernismo americanista encontró un fértil desafío, proponiéndose estudiar ambas realidades en conjunto y embarcándose a definir una nueva narrativa que reconociera la complejidad de la administración colonial y la agencia de aquellos individuos que, en última instancia, la determinaban.

Amorina Villarreal Brasca, con su obra *El duque de Lerma. Política y gestión para la América en la Monarquía de Felipe III* (Albatros, 2024), ofrece la más reciente aportación a este campo de estudio histórico, preocupado por analizar la «experiencia política» de la Monarquía Hispánica y sus potenciales consecuencias para el gobierno de uno de sus territorios esenciales, América, durante el primer cuarto del siglo XVII. Con esta finalidad, Villarreal contribuye, primero, a asentar la idea de que los territorios americanos no fueron meros apéndices de la Monarquía Hispánica, sino que desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo y configuración de su identidad política, social, económica y cultural desde, al menos, 1600; y, después, se dirige hacia la tan necesaria revisión del período del valimiento del duque de Lerma (1598-1618), rechazando la supuesta indiferencia del privado hacia América al definir su mandato como uno de los períodos en los que esta dualidad, o imbricación, entre la Monarquía Hispánica y sus territorios ultramarinos, fue más evidente.

Para ello, la autora parte de la premisa de que la aparente *casualidad* que vincula el período de Lerma con la

mejora en las contribuciones indianas — amparadas, además, por la Pax Hispánica y el inicio de un proyecto colonial destinado a reorganizar los virreinos para impulsar la hegemonía española en Europa— es, en realidad, una *causalidad* significativa (p. 22), es decir, un síntoma de Lerma para con los territorios indios. Para demostrarlo, la autora desglosa a lo largo de su libro los tres pilares clave de un estudio que busca comprender la complejidad de esta relación, a saber: el análisis de la cultura política que permeaba las decisiones de la corte, el contexto institucional que definía los mecanismos de poder, y la comprensión del escenario humano que, con los múltiples intereses y ambiciones de los individuos que lo componían, influyó en los asuntos de la alta administración indiana e hizo de América un territorio integral al devenir político e incluso identitario de la Monarquía Hispánica. Esta idea, desarrollada progresivamente a lo largo de cinco capítulos, se sustenta en un exhaustivo análisis de fuentes primarias y secundarias, que invita al lector a reflexionar sobre la complejidad de la Monarquía Hispánica y su relación con América. Cada página contribuye así a desentrañar la intrincada red de relaciones y decisiones que configuraron la administración americana durante el período de Lerma, revelando la importancia de este tiempo para comprender la dinámica entre la metrópoli y sus territorios ultramarinos.

En el primer capítulo, «Las Indias en el reinado de Felipe III: ideas y debates políticos», Villarreal demuestra, a través de un repaso exhaustivo a

los muchos escritos de temática indiana que se publicaron entre 1598 y 1621, el interés que despertó América en el panorama intelectual de la época. Desde ópticas diversas, explica la autora, tanto textos de corte histórico y jurídico, como informativo o peticionario, favorecieron el surgimiento de lo que se ha dado en denominar el «género indiano». Este género no solo se limitaba a describir la realidad americana, sino que también reflexionaba sobre su significado político, su organización social e institucional, su pasado, su proceso de incorporación a la Monarquía Hispánica y, sobre todo, su integración en un pensamiento político humanista que buscaba ordenarla. Así, Villarreal sostiene que los múltiples discursos sobre América no deben únicamente leerse en clave informativa o de mejora de su administración, sino que permitieron articular proyectos políticos más amplios, en los que la reflexión intelectual contribuía a legitimar el funcionamiento imperial, basado en la justicia redistributiva, la razón de estado y el buen gobierno. Además, estos discursos no se limitaron a las voces oficiales o normativas: incluyeron también las perspectivas de aquellos que, en condiciones de recibir la gracia real, exponían ante el monarca sus derechos y pretensiones. Junto a ellos, intelectuales indios como Antonio Saavedra Fajardo, el Inca Garcilaso de la Vega o Felipe Guamán Poma de Ayala emplearon la palabra escrita como medio para legitimar sus demandas desde posiciones subalternas —o no peninsulares—, y como un recurso intelectual que buscaba intervenir en el espacio político a través de la memoria

histórica, demostrando cómo el acto de escribir el pasado constituía en sí mismo un servicio digno de reconocimiento.

Derivado de este panorama cultural, el segundo capítulo, «*El Consejo de Indias y la privanza del duque de Lerma*», ofrece un contexto institucional que muestra cómo esta cultura política se imbricó en la práctica de hacer política, recorriendo las distintas ideas que irrumpieron en el seno de dicha institución y analizando cómo la novedad del valimiento de Lerma pudo afectar tanto el lugar del Consejo dentro de la Monarquía como la puesta en marcha de las decisiones por los consejeros alcanzadas. Más allá de la Recopilación de las Leyes de Indias —tarea de envergadura que ocupó buena parte del ejercicio político durante este periodo—, la institución se benefició del continuo flujo de informaciones que los intelectuales remitían sobre historia y política indiana, haciendo florecer a los Consejos como instrumentos esenciales del gobierno, pese a que la irrupción del privado de Felipe III pudiera percibirse como un intermediario innecesario entre estos y el monarca. Es, de hecho, el análisis casi microhistórico de Villarreal sobre las reformas impulsadas por Lerma en el Consejo lo que más destaca de este capítulo, ya que muestra cómo el válido promovió la gestión mediante billetes, creó la Cámara de Indias, reorganizó la comunicación (y jerarquía) interna entre consejeros, secretarios y presidente, decretó nuevos tiempos decisivos e incluso modificó la organización espacial de la torre del Consejo. Todo ello con el objetivo de recuperar la reputación

perdida del organismo, buscando reducir la influencia de enemistades y clientelas preexistentes que afectaban la toma de decisiones.

Los capítulos 3 y 4, respectivamente *La presidencia del VII Conde de Lemos en el Consejo de Indias y Consejeros y Secretarios del Consejo de Indias de Felipe III*, son la contribución más original del libro. En ellos, Amorina Villarreal aborda en profundidad las complejidades del funcionamiento interno y externo del Consejo, presentándolo como un microcosmos de tensiones y negociaciones que definieron la relación de los funcionarios entre sí, entre la Corona y la institución, y entre Madrid y América. Específicamente, el capítulo 3 se centra en la presidencia del VII conde de Lemos, destacando su éxito en la gestión americana y adscribiéndolo a la supuesta complementariedad de su administración con las reformas impulsadas por el duque de Lerma, tales como la actualización de los conocimientos sobre América y la búsqueda del consenso. Villarreal muestra cómo el liderazgo de Lemos fortaleció las relaciones entre la Corona y el Consejo de Indias, promoviendo una estructura de gobierno más pragmática y eficiente, mejorando las relaciones y tiempos de las flotas transatlánticas, promoviendo el nombramiento de oficiales competentes y consolidó la coordinación del Consejo con otros organismos de la polisíndia. Por su parte, en el capítulo 4, la autora realiza una prosopografía detallada de los cuarenta y cinco consejeros y secretarios que participaron en el Consejo durante el período, explorando sus atribuciones

y estrategias de acceso. El análisis revela cómo el Consejo se convirtió en la última etapa de la carrera administrativa para muchos, con escasas promociones internas. Además, Villarreal destaca por su habilidad para abordar esta cuestión a través del estudio de redes, revelando así una sociabilidad que, fuera de la sala del Consejo, permeó en buena medida sobre las decisiones que dentro de ella se alcanzaban.

Finalmente, el último capítulo, «*La trascendencia a las Indias: el poder del valido y el Virrey en el Perú*», presenta un estudio de caso específico sobre cómo el valimiento de Lerma impactó en América. Centrándose en el Virreinato del Perú y, más concretamente, en el cargo de Virrey, la autora examina las transformaciones de esta figura durante las dos primeras décadas del siglo XVII, destacando su relevancia no solo como máxima autoridad de la región americana, sino también como una de las posiciones oficiales de mayor influencia durante el gobierno de Lerma. Además, el mandato de Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, como Virrey del Perú entre 1614 y 1621, se presenta aquí como el caso más paradigmático de la puesta en práctica de las habilidades personalistas y sociales del duque de Lerma, ya desplegadas sobre los funcionarios del Consejo de Indias. Como bien muestra el análisis, Esquilache mantenía una relación muy estrecha con Lerma, vínculo que este último explotó para «salvar las distancias e influir en las decisiones políticas tomadas en el Perú, el espacio americano más importante de la Monarquía de

Felipe III» (p. 367). Villarreal evidencia así cómo las redes interpersonales constituían la base fundamental del ejercicio de gobierno en la Monarquía Hispánica, ya se tratara de ámbitos cercanos, como el Consejo de Indias, o distantes, como el propio Virreinato del Perú.

Aunque el libro de Amorina Villarreal aporta una visión innovadora y matizada sobre la gestión política en la Monarquía Hispánica bajo Lerma, podría haberse beneficiado de algunas comparaciones con otros territorios ultramarinos de la monarquía, o quizá de algún caso de estudio sobre el Virreinato de México que ofreciera una visión más completa. Además, habría sido interesante analizar, en el contexto del valimiento de Lerma, la creación del Conselho da Índia (1604-1614) para la administración de los territorios lusos-americanos en consonancia con los de la América española. Sin embargo, más allá de estas posibles ampliaciones, la obra destaca por tres motivos fundamentales. En primer lugar, devuelve la agencia a las personas que integraban los espacios decisivos, liderados por Lerma en este caso, pero demostrando la importancia de la sociabilidad y las motivaciones personales para el estudio de procesos históricos de gran envergadura. En segundo lugar, contribuye a enriquecer el conocimiento de un periodo aún hoy envilecido por la historiografía, el de Felipe III y su gobierno sobre las Américas, presentando nuevas perspectivas que matizan los juicios previos. Finalmente, sentencia la necesidad de empezar a estudiar el continente americano no como un mero anejo imperial, sino como la razón

de ser del propio imperio, cuya existencia no solo condicionó el devenir de la Monarquía Hispánica, sino su existencia misma. De esta forma, el libro *El duque de Lerma. Política y gestión para América en la Monarquía de Felipe III* no solo desafía las interpretaciones historiográficas convencionales, sino que también invita a una reflexión crítica sobre cómo entendemos la administración colonial en la temprana modernidad. El lector

encuentra en sus páginas un relato sólido y bien fundamentado que replantea la relación entre América y la Monarquía Hispánica, señalando cómo los lazos personales y políticos en torno al duque de Lerma desempeñaron un papel crucial en la articulación de un proyecto imperial de largo recorrido.

Irene VICENTE-MARTÍN 
Universidad de Salamanca